

¿Qué somos?

Somos aquello que vamos acumulando en la memoria, lo que nos acontece o hacemos. La persona, así, viene a estar constituida por su historia, abstracción hecha de los componentes físicos de su cuerpo. De ahí que Ortega y Gasset dijera que la vida es «quehacer».

Pero, ciertamente, nuestra materialidad, nuestra parte corporal, no resulta inocua ni carece de influencia sobre la personalidad; por el contrario, ejerce una gran presión sobre la mente y el comportamiento. Puede decirse que en el desarrollo de quienes somos -del yo- es el componente de mayor relevancia, sin que tampoco sean ajenas las circunstancias que nos rodean. Junto a la inteligencia y a los conocimientos adquiridos, formarán la persona, el individuo tal como se nos presenta, torpe o listo, atractivo o vulgar.

En buena lógica, cabría pensar que todos tenemos las mismas condiciones y a todos se nos dan las mismas circunstancias y oportunidades de desarrollo. Sobresalir o alcanzar las más altas cotas de perfección sería cuestión de esfuerzo y de tesón. Comprobamos, no obstante, como no ocurre así; estar hechos del mismo barro o siguiendo igual esquema no garantizan la igualdad. Unos, nacen débiles, otros fuertes; unos con mayor capacidad intelectual, otros con dificultades para el aprendizaje, y durante el recorrido existencial, mientras dura eso que llamamos vida personal, tampoco los condicionamientos del entorno son semejantes: para unos el mundo se ofrece fácil y asequible y, para otros, está lleno de obstáculos muchas veces insuperables y siempre ajenos a la propia voluntad.



Después de este breve planteamiento parece lícito preguntar: ¿Por qué nos han hecho así?, ¿Por qué nos han desembarcado en esta tierra abandonados a un azaroso futuro, incontrolable para cada cual? Y puestos a imaginar que todos estuviéramos igualmente dotados y el habitat en derredor ofreciera para todos idénticas facilidades o inconvenientes, ¿Por qué unos

seres sufren desequilibrados en su organismo o en su psiquismo, como si algún demonio perverso introdujera en el delicado mecanismo del cuerpo sus negros e hirientes dedos, desbaratando conexiones nerviosas, rompiendo o estropeando órganos vitales, taponando conductos sanguíneos, sembrando células malignas que acaban por destrozar a la persona que, penosamente, hemos construido con el quehacer de cada día?. ¿Somos, acaso, simples muñecos en manos de quien maneja los hilos, como si este mundo fuera un burdo guiñol? ¿O, tal vez, este universo que os abruma y maravilla, esta vida que a veces gozamos con fruición y que, con más frecuencia, padecemos con rabia, es obra de Satán?.

Cuando observo cómo un criatura que ha sido vitalista, alegre, despierta, energética, trabajadora, buena, por causa de unos cambios químicos o físicos, no sé, va deshaciéndose, difuminándose, borrándose, dejando de ser ella, no puedo menos que preguntar la causa, la razón válida para el hecho, para tan descomunal castigo a quien, oculto no sabemos donde, nos maneja como marionetas, haciéndonos sufrir y llorar, sin darnos ninguna ex-



plicación, dejándonos en la ignorancia de cual ha sido el delito cometido. Salvo que, como decía Segismundo en «LA vida es sueño», El mayor delito del hombre sea haber nacido. O, como pensaba Rimbaud, "que le vie est la farce á mener par tous". O, como pone Shakespeare en labios de Macbeth, que la vida consista en un cuento que cuenta un idiota, lleno de ruido y de furia, que no significa nada.

Miguel Molina Raboseo.

